el hombre del terrón de azúcar

y otros cuentos

José Baroja

Ganador Categoría Cuento
XIII Concurso Literario
Gonzalo Rojas Pizarro

EL HOMBRE DEL TERRÓN DE AZÚCAR
y otros cuentos

Premio Categoría Cuento 2015
XIII Concurso Literario Gonzalo Rojas Pizarro
Lebu, Chile

Jurado:
Armando Aravena (Chile)
Felicidad Batista (España)
Herman Johnson (Chile)
Mafalda Migliaro (Chile)
María Inés Vega (Chile)

©El hombre del terrón y otros cuentos
Mauricio González Gutiérrez
ISBN: 978-956-368-611-1

Edición: Jaime Magnan Alabarce
Diseño Portada: Valeria Sazo Lecaros
Impreso por: Impresos Lebu
Pérez N°556, Lebu

Fono: 56 - 412 511 796

Impreso en Chile

EL HOMBRE DEL TERRÓN DE AZÚCAR

y otros cuentos

JOSÉ BAROJA

Mi primera publicación de cuentos te la dedico a ti, mi amor de la bonita sonrisa. Espero que nos volvamos a encontrar en un poema.

PRESENTACIÓN

La XIII edición del Concurso Literario Gonzalo Rojas Pizarro, organizado por el Club de Amigos de la Biblioteca Municipal de Lebu, Samuel Lillo Figueroa, por primera vez en su historia presenta una selección de trabajos del ganador de la categoría cuento.

El joven autor valdiviano, radicado en la actualidad en Talca, Mauricio González Gutiérrez, quien firma como José Baroja, presentó a concurso el cuento "El hombre del terrón de azúcar", un delicioso relato que atrapa al lector, a contar de las primeras líneas, haciéndolo cómplice de una historia llena de magia y reflexión.

Precisamente, fueron esos ingredientes los que cautivaron al panel de jueces, ungiéndolo ganador entre los 253 trabajos llegados a la categoría, provenientes de 2l países, en una decisión no exenta de dificultades ante la gran variedad de temáticas y estilos literarios. De esta manera, Mauricio González Gutiérrez o José Baroja se incorpora a la galería de la fama que incluye los nombres de Fátima Alarcón

(2010), Nathalie Moreno Arqueros (2012), Alejandro Pla (2013), Cristian Acevedo (2104) y Jaime Bahamonde (2015), quienes han vitalizado la categoría, luego de un breve, pero significativo silencio, por falta de medios económicos.

Hoy, presentamos esta selección de cuentos de nuestro flamante ganador, trabajos que barajan, prácticamente en común denominador, el elemento fantástico con oficio aportando reflexivas cuotas de humanidad en sus planteamientos centrales.

Como organizadores estamos en la creencia, luego de leer los cuentos que componen esta muestra, que el jurado integrado por Armando Aravena, Felicidad Batista, Herman Johnson, Mafalda Migliaro y María Inés Vega ha elegido bien, lo que nos llena de orgullo, y aprovechamos de agradecer por su colaboración y tiempo dedicado a esta ingrata labor.

Finalmente, y no por eso menos importante, manifestar nuestra gratitud a Sergio Sánchez Frez, propietario de Impresos Lebu, por su desinteresado aporte hacia el concurso, materializado en este libro que complementa el premio al ganador.

Lebu, abril 2017

El hombre del terrón de azúcar

EL HOMBRE DEL TERRÓN DE ÁZUCAR

El viento abrió de golpe la mampara de vidrio. Un minúsculo cartelito que decía "abierto" estuvo a punto de sucumbir por el vaivén; pero no cayó. No era la primera vez que una violenta brisa saludaba a los clientes de ese local del centro de Santiago. No obstante, a veces, ella se dejaba acompañar por algún consumidor habitual o, si había suerte, por un nuevo comensal. Sin duda, había una complicidad casi mágica entre el fenómeno *eólico* y el éxito del pequeño local, ubicado, como la tradición reza para estos lugares, cerca de Merced. O, al menos, así lo recuerdo.

En efecto, *recuerdo* es la palabra, ya que recuerdo que esa tarde, si es que ya era tarde, el viento

abrió de golpe la mampara de vidrio. Un incidente común para la mayoría de quienes, después del trabajo, degustaban un café y una medialuna; pero no así para un niño de actitudes inocentes que acompañaba a su bonita madre. Tampoco para mí, no tan inocente. No, definitivamente, ni para ese niño ni para mí, fue tan común lo que sucedió. Después de todo, yo escribiría este relato años más tarde; mientras que él haría notar a su escéptica madre, solo unos minutos después de que el viento abriera de golpe la mampara, el *místico* ingreso de un hombre de curiosa vestimenta. Así pasó, según recuerdo.

"Místico" sería la interpretación que yo hago ahora de ese sujeto. En el momento, seguramente lo vi como un hombre extravagante, como muchos, vestido de azul y acompañando al viento. Recuerdo, además, que él usaba un bastón, un sombrero de hongo y unas colleras con forma de océano, entre otros detalles que quizás lo hubieran hecho destacar a primera hora de la mañana, especialmente en el tren subterráneo de Santiago, pero no al final de la jornada laboral, donde el Mundo parece convertirse en una representación de autocomplacencia. Y para qué andar con rodeos, tan extraño no parecía en una calle como Merced.

Recuerdo que este peculiar hombre, tras ingresar al local, se ubicó en una esquina, en una pequeña mesa con una sola silla, imperceptible para la mayoría, y pidió un café. Recalco que imperceptible para la mayoría, pues recordarán que un niño sí lo había notado. Niño más despierto que cualquier adulto que conozca, a cualquier hora del día, y quien, pleno de curiosidad, no podía dejar de observar a este particular sujeto desde el momento mismo en que entró. Además, estaba sentado casi frente a él. Sus gestos, sus gesticulaciones, la forma en que sacó un pañuelo dorado y lo posó sobre la mesa, eran tan impecables que aún me extraña que nadie más lo notara. Sí, podría decir que tuvimos cierta complicidad con aquel pequeño de unos seis o siete años. Yo entonces tenía veintisiete.

El hombre hizo un gesto preciso, vale decir, como todo lo que él hacía desde que el viento lo había invitado a pasar: un dedo alzado, casi como un asta de bandera, solicitaba una atención. De inmediato, una guapa mesera de pelo oscuro y ojos vacíos se le acercó con una taza de café: no había pedido nada más, interpreté. Delicadamente, ella lo colocó sobre la mesa. Luego, miró al cliente sin

mirarlo y se fue contoneando sus caderas hacia el interior del negocio. El hombre solo se dedicó a observar la mesa desde que había bajado el dedo solicitador. Aunque, un gesto del pequeño, a quien yo también observaba de reojo, me avisó de un leve brillo en las pupilas del curioso hombre.

El hombre vestido de azul, con un bastón, con colleras ahora color de océano, un sombrero de hongo y una particular sonrisa, llevó su mano al bolsillo derecho. Solo un espectador, además de mí, seguía el movimiento de esa misteriosa mano cuando sacó un terrón de azúcar para acto seguido colocarlo sobre la mesa. Casi de inmediato, el hombre solicitó otro café con su delgado dedo alzado como si del pabellón patrio se tratara. Sí, como leen, ni siquiera había probado el primero, ni realizado movimiento alguno por este: seguía allí, intacto, inmaculado sobre la mesa del local. Entonces, la coqueta mesera llevó otro café. Ni siquiera preguntó, ni le extrañó la actitud del cliente, simplemente ignoró cualquier pregunta que pudiera haber nacido de su ahogada curiosidad. Probablemente, las excentricidades de quienes visitaban el local le daban exactamente lo mismo, en especial si a estos los acompañaba una gloriosa propina.

El acto se repitió siete veces. Siete tazas con café hasta el borde se sirvieron, pero ninguna fue tocada por él. Cabrá mencionar, que también fueron siete veces las que el hombre vestido de azul, con sombrero de hongo, bastón y corbatín llevó su mano a uno de sus dos bolsillos, sacó un terrón de azúcar y lo posó sobre la mesa. Lo curioso era que el resto del local parecía absorto en una especie de sonambulismo, en que nada más existía fuera del breve espacio designado con base en la promesa de un pago servicial. No crean que el niño no había intentado llamar la atención de su madre, pero ella había respondido encantadoramente "sí, que bonito hijo", por lo que todo intento de más auditorio había sido infructuoso.

Yo observaba. El pequeño también observaba cómo siete tazas de café irreprochables eran distribuidas por este "místico" sobre la brevísima mesa del local que lo albergaba tras haber sido invitado por el viento. En efecto, ambos contemplamos cómo sin sacarse siquiera el sombrero de hongo, el hombre había extraído del bolsillo de su chaqueta azul un compás, una escuadra y una regla y había comenzado a medir la distancia que había entre

una taza y otra. Si alguno hubiera prestado atención, habría notado que él intentaba que la distancia entre cada una de estas fuera idéntica y que la luz se distribuyera de forma igualitaria. El café se enfriaba, pero él solo hacía movimientos de satisfacción al ubicar las tazas en el lugar previamente dispuesto.

El viento sopló de nuevo. La mampara se movió. Nadie entró. De todas formas, a nadie le importaba algo de lo que sucedía ni fuera, ni dentro. En cambio, el niño no se perdía detalle de lo que hacía este hombre. Por ello, no se perdió el momento en que tan *hipnotizante* sujeto echó un terrón de azúcar en cada taza de café. El gesto técnico fue de una precisión maravillosa. El brazo, el codo, la muñeca, la mano y los dedos parecían estar coordinados de manera perfecta, hasta el punto de que pese a la distancia entre cada taza, daba la impresión de que el hombre no había hecho ningún movimiento innecesario. El niño observó cómo salpicaba un poco de café desde cada tacita al recibir el dulce regalo.

Repentinamente, el hombre se quitó el sombrero. Puso sus brazos sobre la mesa y miró fijamente hacia la profundidad de las tazas. Apoyó su barbilla sobre las manos y sonrió mientras esperaba.

Luego silbó y esperó. Volvió a sonreír. El niño estaba expectante. La madre solo aguardaba que el tiempo pasara. El Mundo alrededor ya estaba inconscientemente muerto. Recuerdo que, probablemente, solo yo fui capaz de ver en el niño que algo pasaba sobre la mesa de aquel hombre; sin embargo, tengo la certeza de que ese algo ocurrió. El pequeño me ayudaría después a completar mi relato.

El muchacho se refregó los ojos. Asombrado llamó a su madre, quien, complacientemente, miró al hombre de azul, pero no vio nada. Rápidamente regresó a lo suyo pidiéndole al pequeño que se comiera lo que habían pedido o se enojaría con él. El niño sonrío con una mueca de por medio. Miró fijamente al hombre en busca de respuestas. De súbito, notó nuevamente cómo un pececito de colores había saltado de una taza a otra; aun había gotas de café sobre la mesa. El pequeño no podía creerlo, el hombre no dejaba de sonreír. ¿De dónde había salido? Yo aquí me limito a transcribir lo que el niño me contaría haber visto.

Incrédulo, el pequeño no apartó la vista hasta convencerse de que era una *Verdad*. Nuevamente, con el mismo impulso y velocidad, el pececito de color

saltaba hacia la otra taza de café. El salto era idéntico, lo que explicaba la preocupación del misterioso hombre de que todo estuviera dispuesto de forma precisa. No una, catorce veces lo volvió a hacer. Catorce veces brillaron los ojos del niño. Yo lo vi, en él. Entonces, el pequeño no se aguantó las ganas, bajó de su asiento y se acercó al sujeto del bastón. Su madre no lo notó.

El hombre no dijo nada: solo lo miró. Llevó su mano al bolsillo: ¡Un terrón de azúcar! El pequeño se alejó sonriendo, pues tenía el dulce secreto entre sus manos. Ávidamente comenzó a organizar las cosas en su propia mesa: había aprendido algo nuevo del Mundo y quería apropiarse de ello. Movió la sal, la copa de helado que su madre le había comprado, el café de ella… Todo parecía dispuesto. Por eso fue especialmente triste cuando escuchó un "qué estás haciendo", un "pórtate bien", "los niños buenos no hacen eso". Triste, porque se vio obligado a guardar en el bolsillo de su pantalón el mágico regalo para evitar así que este terminara en un amargo café. *Craso error*, porque en su casa, al echar el pantalón en la lavadora, nada quedaría.

Repentinamente, recuerdo que la *garzona* se acercó a la mesa del hombre con un papel. Esto sí lo vi. El niño observó cómo ella se enojaba ante el movimiento negativo de la cabeza del elegante caballero, del "mágico" hombre, quien ahora mostraba unos bolsillos vacíos. Unos minutos después, unos hombres de verde entraban antes que el viento moviera la mampara, lo tomaban con poca gentileza de los brazos y se lo llevaban con la misma velocidad con la que entraron. Nadie se percató, ni se enteró de lo que había sucedido, excepto el niño con un terrón de azúcar en sus pantalones. Luego, me diría que siguió observando cómo un pececito de colores saltaba de taza en taza en la bandeja con los trastos sucios que una ofuscada mesera llevaba hacia la cocina.

Recuerdo que cuando me acerqué a completar lo que hasta entonces era solo un acto de fe, su madre solo atinó a señalar que hay gente muy "patuda" en este mundo, que pide café y no es capaz de pagar. Yo no olvidé. El niño tampoco.

A la vuelta de la esquina

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

—¡¿Qué fue eso?!—, gritó presa del espanto. Un inesperado sonido la detuvo en seco. Ella, hasta entonces, tranquila y confiada, cumplía con su caminata cotidiana, como cualquier otro día durante la mañana, pero, justo antes de doblar la esquina, se vería obligada a detener su grácil recorrido. —¡¿Usted escuchó algo!? ¡¡Sí, sí, usted!!—, insistió ahora a la primera persona que se le cruzó por esa vereda. —¡¿Está sordo?!— le gritó con vehemencia, aún temblando ante la desconocida posibilidad de una respuesta que no quería escuchar. El hombre, en cambio, solo atinó a negar con la cabeza, mientras se apartaba un tanto asustado de la presencia de aquella extraña mujer.

Sin duda, hasta ese momento, podríamos haber afirmado que se trataba de una señora saludable —bastante cuerda en este mundo de locos—, vestida —no hemos de negarlo eso sí— con ya varias décadas sobre el cuerpo; lo que la hacía, en cierto modo, poco propensa a las reacciones sorpresivas, como esta. Sin embargo, en ese instante, quien no la conociera, hubiera descrito a una anciana pálida, pequeña, temblorosa, entre asustada y melancólica, quien al ser consultada, probablemente no entendería, ni sabría explicar muy bien el porqué de sus reacciones. Por ello, no ha de extrañarnos que, al volver en sí, poco a poco, ante la mirada enjuiciadora del sujeto al que antes le había preguntado con violencia, un hombre, aparentemente, sin mayor gracia que una corbata multicolor y unos zapatos desteñidos, solo acertó a cuestionarse sobre su actual cordura: ¿La senilidad finalmente la había atrapado?

Lo cierto es que, a la vuelta de la esquina, en una calle como cualquier otra, a la hora en que ella se disponía a doblar para encaminarse hacia su casa, quien hubiera puesto tanta atención como ella, tal vez habría escuchado el sonido del metal cortando el viento. Quizás, estaría pálido de terror y, seguramente, no podría realizar juicios negativos

como los de aquel hombre vestido, formalmente, de corbata y zapatos a maltraer. No, quien hubiera puesto sobrada atención, habría escuchado algo similar al corte que hace una herramienta larga, curva y bien afilada en manos expertas. Quien hubiera puesto atención, como mínimo, hubiera palidecido por unos minutos, e incluso temblado ante la incertidumbre del misterio al acecho. Por lo menos, si fuera como ella.

En fin, horas más tarde, nuestra señora concluiría que solo un instrumento bastante grande y pesado, y aun así usado con excedida destreza, podría haber sido el causante del sonido que a ella le provocó esa extraña sensación. —Quizás, algo salido solo de su imaginación—, pensaría. Es más, exactamente unos minutos después del sobresalto, ella imaginó que si su paso se hubiera acelerado, solo un poco más, tal vez hubiera confirmado las sospechas de algo espantoso, al presenciar cómo un metal afilado atravesaba un cuello cualquiera, anónimo para la mayoría, con una inusitada técnica, casi como si desgarrara pulcramente el alma y el cuerpo en un solo *swing*. No obstante, no encontró sangre, ni cortes: solo hubo llantos, hubo multitud, hubo *shock*.

Mucho más temprano, en otro punto de la ciudad, un personaje, de esos que llaman míticos, había tenido una noche como cualquier otra. La soledad, la rutina, las dudas existenciales lo acompañaban desde hace siglos, no solo desde ese despertar. No obstante, el dilema se agravaba al empezar cada día la nueva jornada: ir a trabajar o no, renunciar o no… Por ende, una mañana con las implicancias o temores que pueden atrapar a cualquiera de nosotros: un jefe enojado, un *statu quo* violado, la cesantía y esos problemas bíblicos que engloban una *eternidad*. En definitiva, un ser que no tenía muchas opciones o que no quería afrontar consecuencias *celestiales*. Por lo tanto, su día comenzaría como cualquier otro: ropa de trabajo, herramienta, a la calle. Después de todo, el listado entregado para esa fecha cubría las más diversas situaciones y personas; aunque ya las había experimentado casi todas.

Por su parte, la señora Inés, la dama que se asustaría hasta el punto de intimidar a otro transeúnte, había comenzado como iniciaba cualquier otro día desde que su marido había fallecido y sus hijos tenían sus propias familias; dicho de otro modo, desde que se había quedado sola. Ese día en

particular, se había vestido con colores alegres, que, en cierto modo, le recordaban una pizca de su *juventud*: un vestido floreado, con el que había conquistado a su otrora marido; un chalequito para enfrentar los cambios de temperatura, pues uno a cierta edad ya no puede descuidarse; un sombrerito coqueto, pues le habían enseñado a ser una *señorita*; y una cartera bastante más grande de lo que se acostumbra; aunque igual de misteriosa que la de otras mujeres. Si esto fuera un cuento, podríamos afirmar que se trataba de un estereotipo de viejita, dentro de un espacio que había perdido su cotidianidad a la vuelta de la esquina. Cotidianidad que solo se reafirmaba en el anonimato de cientos de sujetos que recorrían, atravesaban y visitaban, día a día, esa esquina.

A varias cuadras de allí, un hombre de apellido Araya, quien acababa de desayunar, también se disponía a salir rumbo al trabajo, varios minutos antes del suceso. El despertar, con sus cuarenta años, se había hecho algo pesado, no solo esa mañana, sino desde que tenía treinta. Su vida ya no poseía un propósito claro, si es que alguna vez lo tuvo: sin novia, sin novio, sin perro, sin gato, un dormitorio para él solo, un paupérrimo sueldo que apenas

alcanzaba para un par de cosas, mucho alcohol en el refrigerador... En otras palabras, un perdedor en esta reencarnación; si es que existe tal cosa. Pese a su cuestionable existencia, ese día se había predispuesto a hablar con su Jefe, a exigir lo que le correspondía por todos los años de servicio. Incluso se había animado a invitar a salir a una chica con la que fantaseaba algunas noches. Por eso, solo por ese ímpetu juvenil, decidió ir ese día con la única corbata extravagante que tenía. Posiblemente, porque creyó que de ese modo sería leído como alguien joven y decidido, al que el Mundo le importa una *mierda*. Lástima que no pudiera hacer nada por sus zapatos.

No lejos de ahí, veintiocho años, deportista, exitoso, con un cuerpo que ya lo quisiera el actor de telenovela más reconocido. Su día comenzaba a las seis de la mañana. No le faltaba ni mujer ni hombre que estuviera a sus pies, pero, por ahora, estaba completamente dedicado a sí mismo. Su departamento poseía un estilo minimalista, muy elegante. Sin duda, ninguno de los otros personajes tenía lo suficiente como para poder costear algo así; pero él sí. Ropa fina, para cada ocasión; los mayores lujos que puedan imaginar. Aunque, a las seis de la mañana lo que correspondía vestir era su tenida

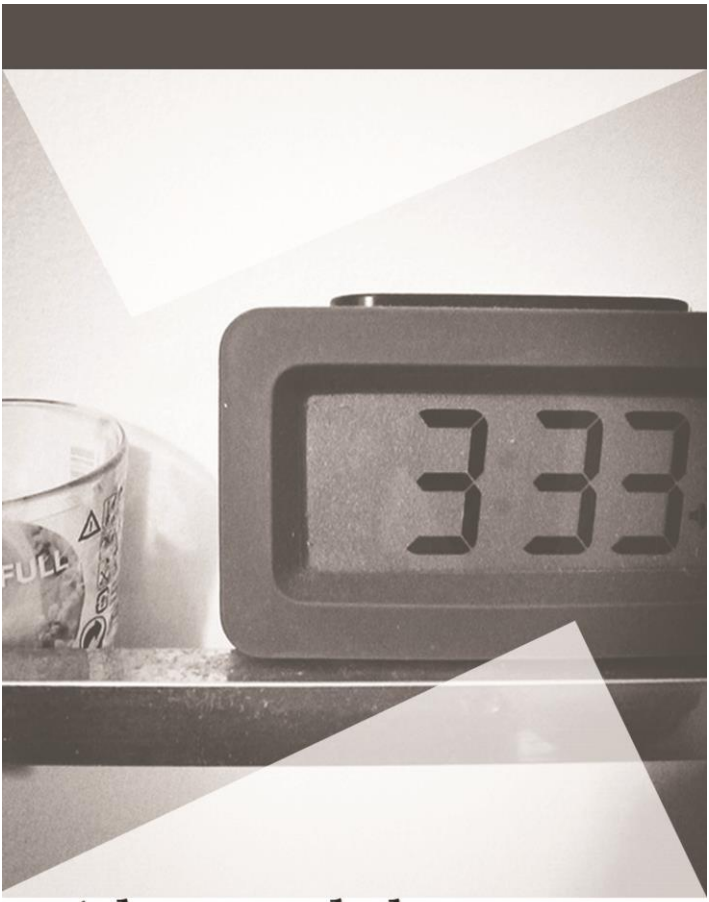
deportiva, creada para la máxima exigencia, digna de los máximos exponentes del *crossfit*. Curiosamente, ese día no salió a las seis de la mañana: se quedó dormido. Curiosamente, ese día decidió cambiar su habitual ruta y doblar por una esquina que no conocía. Lamentablemente, no alcanzaría a conocer ni a la señora Inés ni al Sr. Araya.

Cuando llegó la ambulancia, la policía, los mirones y muchos anónimos aparecieron a la vuelta de la esquina: la señora Inés aún estaba en *shock*. En el suelo, un hombre joven, vestido con ropas deportivas, yacía inmóvil, con las manos en la garganta. Luego se sabría que la causa de muerte había sido un ataque cardíaco fulminante. Su familia no lo comprendería; nadie en su sano juicio podría haber anticipado una muerte como esa a un sujeto que vivía casi como símbolo del deporte y el buen pasar. Solo la señora Inés tenía una teoría que, al parecer, resultaba algo hilarante para la mayoría de quienes inspeccionaban el lugar del hecho. Cuando le preguntaron, ella dijo la verdad: "Escuché un sonido como el del metal cuando atraviesa algo; sí, sí, aquí, justo donde yo iba caminando"; "No, no, no vi nada, pero sé lo que escuché"; "No estoy loca, mijo".

A las horas, el Sr. Araya, quien no había escuchado nada, llegó a su oficina. Se acobardó: no habló con su Jefe; no la invitó a ella; volvió a casa entre quejas y reclamos contra un Mundo que le jugaba siempre en contra. La Sra. Inés, ya recuperada de la impresión de ver a un joven muerto, en la vereda, por lo que haya sido, regresaba a su casa. Aunque primero pasó a comprar pan, unas cuantas frutas, aprovechó de coquetear con el vendedor, todo antes de volver por donde sus pasos ya habían recorrido muchos años.

Cuando llegó a su casa, se sentó en su silla favorita y por vez primera en una década no encendió el televisor, sino que comenzó a desempolvar sus habilidades detectivescas para aclarar un poco su mente: se sentía segura de haber escuchado lo que escuchó. Dudaba con una certeza única que ese joven tan hermoso hubiera muerto de un ataque al corazón, pues si fue así, por qué escuchó el metal; tal vez, el joven muerto tenía la respuesta. Silencio. Un misterioso silencio y, al día siguiente, una anciana de ochenta y tres años muerta en una silla de madera. El motivo: aparentemente había muerto de vieja.

Todos la llorarían posteriormente, excepto un cansado ser, quien había salido ese mismo día con muy poco ánimo desde su hogar y al que no le interesaba ninguna de las historias de esos seres humanos que se conjugaron a la vuelta de su esquina facilitándole el trabajo. Después de todo, la lista entregada no admitía omisiones. Su Jefe no se lo permitiría. El *statu quo universal* dependía de ello. Con todo, era una labor tan, tan aburrida. El primer nombre en la lista era un tal Andrés. Para el caso le daba lo mismo su condición social, económica o política, pues su trabajo se limitaba a leer el nombre, buscarlo y usar de forma certera su herramienta: siempre al cuello. El siguiente nombre era Tatiana: buscó, cumplió. Y así siguió indiferente, Gutiérrez, Pedro, Isabel, Inés, Mauricio… ¡Cuánto aburrimiento! ¡Cuánta rutina! ¡Ni un solo propósito! Pura cotidianidad y olvido, al fin y al cabo.



A las tres de la mañana

A LAS TRES DE LA MAÑANA

Las tres de la noche. Tal vez, un poco más tarde; digamos las tres y media de la noche. Había sido un día difícil; difícil como muchos desde que se había mudado de casa de sus padres. La responsabilidad de hacerse cargo de un departamento le pesaba: estar pendiente del pago de la luz, del agua, de la comida, de la Internet. Maldita Internet que lo consumía hasta muy tarde obligándolo a asumir las consecuencias al día siguiente. Es verdad, al principio todo le había parecido una ventaja: eso de dejar abierta la puerta del baño, mientras sentado cagaba o leía las últimas novedades en la web; andar desnudo tampoco le parecía mal. Sin embargo, a los pocos meses se daría cuenta de lo que realmente implicaba vivir solo o, al menos, vivir como él quería.

Esa noche, se había acostado relativamente temprano, al menos, para lo que acostumbraba. Unos cuantos "me gusta" en su perfil virtual, una última revisión a sus mensajes en el celular y, a la una con treinta minutos, ya babeaba sobre su almohada. Cuando se acostó, la temperatura del dormitorio era agradable; prácticamente no había ruido. A las dos, las cosas seguían más o menos igual. Sin embargo, el problema iniciaría a las tres de la noche, momento exacto en que un radio-reloj, que descansaba siempre sobre el velador, comenzó a hacer un ruido extraño. A las tres y quince minutos, más o menos, se sumó un calor especialmente desagradable. Mientras tanto, no sé qué estaría soñando, pero, ciertamente, su rostro no evidenciaba algo bueno.

De súbito, a los minutos en que la temperatura comenzara a elevarse y el reloj enloqueciera, sonó el timbre. Una solo vez sonó, aunque, extrañamente, el sonido no era el habitual. Obviamente, él despertó sobresaltado. Sin embargo, no se levantó. Después de todo, quién mierda toca el timbre a esa hora. Se movió de un lado a otro sobre la cama como intentando encontrar ese espacio idóneo sobre el que reposaba su humanidad. Luego, se estiro como suelen hacer los gatos. Y en ese intento estaba cuando notó

que sudaba copiosamente por la inusual temperatura. De inmediato, se destapó quedando solo con una delgada sábana bajo su cuerpo. Permaneció unos segundos con los ojos entreabiertos o entrecerrados; quién sabe. Balbuceó algunas palabras, difícilmente audibles, incluso para quien durmiera junto a él. A los pocos instantes, sus ojos finalmente se cerraron. El peso del día anterior hacía dificultosa otra acción o eso quería creer. Empero, no, no podría dormir, pues el timbre volvió a sonar.

Abrió los ojos, los sostuvo un buen rato. Recordó aquella película de Kubrick en que Álex era obligado a mantener los ojos abiertos; para él también era una tortura mantenerlos abiertos. Se quedó muy quieto un momento con la esperanza de que no volviera a sonar. Quién sería a esa hora. Era la primera vez que su timbre sonaba de madrugada; quizás sería una cuestionable conmemoración para el futuro o, tal vez, una de esas anécdotas que exageraría la próxima vez que viera a sus amigos. En tanto, el radio-reloj seguía emitiendo un extraño ruidito, que parecía indiferente a su dueño: marcaba las tres y treinta. Lamentablemente, él no sabía, como sí sabemos nosotros, que ya habían pasado muchos minutos desde que el reloj marcara esa hora. Por ello,

nada le resultó extraño cuando lo tomó para corroborar lo tarde que sonaba el timbre. Decidió esperar un rato observando las manchas del techo. Algún día debía pintar. En medio de la reflexión, el calor se hacía cada vez más intenso.

Por algún extraño motivo, cierta sensación de apego lo invadió: era su departamento. Aprovechó de observar de reojo su dormitorio. En realidad todo permanecía en su sitio, tal como él lo había dejado. Una corbata de muchos colores sobre una silla, en la que también había unos zapatos desgastados. Un cuadro mal colgado; pésimamente colgado, al fondo del dormitorio. Un televisor pequeño que encendido transmitía más interferencia que señal; pero que ahí estaba para hacerle compañía los días que dormía solo. Una enorme ventana sin limpiar y, al costado de la cama, el baño, con su omnipresencia sin discusión. Todo en su lugar. Incluso él. Quien yacía sobre su cama americana sudando como si estuviera contando los pasos a través del corredor de la muerte. No, otra vez. El timbre sonó.

Esta vez, quien estuviera llamando optó por sostener el dedo sobre el timbre haciendo aun más molesto su sonido; parecía desesperado. Por ello,

decidió incorporarse e ir a ver; ciertamente, con bastante lentitud, esa misma que invade al que duda de si debe o no hacer algo. Lentamente, buscó en el suelo un par de pantuflas que se había traído de casa de sus padres. El timbre ahora sonaba con una insistencia perturbadora hasta el punto que a él ya le parecían lamentos. Se colocó su bata y caminó rumbo a la puerta, no sin antes hacerse instintivamente de una escoba, con el objetivo evidente de defenderse si era necesario. Curiosamente, por un instante recordó la época de colegio. Cuántas veces abusaron de él sus compañeros, no físicamente, sino con sobrenombres, con menosprecios. Cuánto hubiera deseado tener aunque fuera una escoba para defenderse y así no hacer lo que hizo. Aun le remordía el cómo había humillado a un chico menor que él para así ser ascendido en esa especie de jungla que a veces nos rige en la adolescencia. Algunos decían que se había suicidado años después, mientras se preparaba para ingresar a la Escuela Militar, pero él nunca prestó mucha atención a esos detalles. Aun así, por un momento pensó que, tal vez, como en las películas, el fantasma de este chico buscaba venganza.

"Ojo mágico" le dicen a ese artefacto que pretende superar el misterio de quién está detrás de la

puerta, de quién ha llamado insistentemente con el timbre a las tres y algo de la mañana, restándole gracia a la incertidumbre de abrir una puerta. Ahí estaba él, de pie. Con miedo a acercarse al "ojo mágico" y descubrir "algo" que ahora le causaba miedo. Porque eso sucedía con él: su imaginación lo llevaba hacia distintos caminos, todos trágicos y horribles. Sudaba, temblaba, se angustiaba, quedaba inmóvil no logrando juntar el valor suficiente para descubrir la *verdad*. El "Ojo mágico" lo observaba, mientras él contenía las ganas de orinarse encima, sin tener claro el porqué. Presa de esa mezcla de cobardía y curiosidad, propia de las películas de terror de los ochenta, donde todos sabíamos que los protagonistas no debían ir por ahí, él sabía que no debía ver, pero lo hizo. Se acercó, enfocó… nada.

Un suspiro, un relajo, unas ganas enormes de ir al baño que surgieron con cierta espontaneidad, por lo que raudo tras tan satisfactorio descubrimiento, se apresuró a ir al baño. Sin embargo, cuando se disponía a sentarse con toda la plenitud de su humana condición en ese trono por el que trabajaba día a día… Sí, el timbre volvió a sonar. Quedó congelado durante unos minutos, mientras la orina caía desde un miembro empequeñecido por el temor que le causaba

la sensación de una muerte cercana. Muerte que, por lo demás, no tenía nada de objetividad, de científico, de empírico, pero que en su subconsciente le parecía muy real. Es así como, no prestó mayor atención a la humedad que calentaba su pierna, que la recorría desde arriba hasta el tobillo. Y fue corriendo hacia la puerta. ¡Quién mierda es! ¡Di algo *hueón*! Nada.

Entonces, decidido, tomó firme el mango de la puerta, quitó las llaves y abrió, resignado a lo que fuera. Estaba atónito, perplejo, sorprendido, con la mirada perdida a través de un pasillo oscuro, pero vacío. ¡Vacío! Nadie. Ningún ser en lo absoluto: ente ni parecido. Un buen rato permaneció estático bajo el portal, dudoso de si atravesarlo o no, incierto sobre cerciorarse que no hubiera nadie más allí, quizás escondido. Miró y miró, pero no pudo salir de su cuarto. Su voluntad no estaba con él, su instinto lo retenía en el improvisado claustro de su seguridad. El esfuerzo por asomarse había hecho merma en su ímpetu, en su poco coraje, en su, a ciencia cierta, poco espíritu para aventurarse más allá de lo que la vida predisponía. Cerró la puerta.

Su vida había sido una suma de decisiones poco comprometidas. Nunca invitó a salir a nadie.

Nunca se emborrachó con amigos. A todo evento social le hizo el quite. Salió de la universidad casi por la divina providencia. Nunca se arriesgo a hacer lo que le gustaba. No tenía dotes de deportista. Prefería un libro de autoayuda, por sobre un clásico literario; tenía un trabajo mediocre, que, eso sí, le permitía pagar el departamento. En cierto modo, si hiciera una suma de los instantes llenos de valor, coraje, honestidad, sinceridad de su vida, el resultado hubiera sido negativo. Los malos, en cambio: robo, mentira, adulterio, pereza… ¡Qué más podríamos decir!

El timbre sonó. Se mantuvo sonando un rato: más que nunca parecía una mezcla de quejidos y lamentos. Esta vez no retrocedió. No se le ocurrió revisar el aparato, que quizás estaba fallando: era una probabilidad más que cierta. Un timbre en mal estado que no deja de sonar es una posibilidad verosímil. Tampoco pensó en llamar a la puerta, en pedir, en exigir con cierta vehemencia que salieran. No, el en un acto de estupidez, producto del miedo, del asombro, de una sensación que no entendía, que le prohibía cruzar el umbral de su departamento, se encaminó hacia su cama. Ese departamento era el único bien propio que poseía; tan propio como puede ser un arriendo.

Volvió a la cama. Se quitó la bata. Se desnudó. Se cubrió con una sábana que ahora asemejaba más a una mortaja, pues el sudor ayudaba a que se adhiriera al cuerpo como tal. El timbre seguía sonando, lamentándose como si fueran gritos atrapados en una sola nota musical. La temperatura seguía aumentando. El radio-reloj chirriaba. Y él ya no podía dormir presa del calor, del sonido, del miedo, de su deseo de permanecer yaciendo sobre su lecho. No sé qué pasó al día siguiente si es que lo hubo. Quizás todo fuera una repetición hacia el *infinito*.

Historia de un hombre que amó

HISTORIA DE UN HOMBRE QUE AMÓ

Desde una antigua silla de madera, de al menos medio siglo, un viejecito de pelo blanco, de arrugas prolongadas y de sonrisa de tabaco, contemplaba, con mirada aún adolescente, a una delgada joven de bellas formas y coquetas intenciones. Definitivamente, sus ojos no podían apartarse de ese viejo mueble, quizás tan viejo como él mismo, porque, sobre este, posaba para él, y solo para él, esa joven dama, hermosamente capturada dentro de un pequeñísimo marco. En efecto, todos los pasillos de esa casa, todas las actividades en ese hogar, todas las intenciones dichas o no dichas y todos los pensamientos y deseos, lo transportaban automáticamente hacia ese mínimo altar, frente a ella.

Hemos de afirmar entonces que si había algo inevitable en este mundo, era ello. Después de todo, cualquiera hubiera notado que cada vez que sus ojos descansaban allí, sobre el viejo mueble, el anciano se quedaba atónito observando la pequeña fotografía, como si estuviera perdido en el *tiempo*. Luego sonreía. Finalmente, se enamoraba. Una y otra vez se repetía la historia. Insistentemente, casi por arte de magia, por absoluto deseo, se detenía para buscar los enormes ojos de esa señorita, quien vanidosa, con ropas de otra época, revelaba una enorme alegría frente a una cámara de otra época, dentro de ese cuadro que prolongaba, indefinidamente, el *recuerdo*. Él, sonriente, anciano, cándido, enamorado, no le quitaba los ojos de encima, como si fuera un punto fijo de la *eternidad*, como conmemorando el acierto de haber tomado esa foto, de haberla *inmortalizado*. Por eso no es de extrañar al lector, que cada vez que lo hacía, cada vez que su espíritu descansaba allí, sostuviera firme una copa de buen vino, prestamente ubicada junto a una botella de *cabernet*, con la que no dejaba nunca de brindar como si en esta escondiera una profunda esperanza, al contemplar al amor de su vida; aunque también se notaba mucho de ansiedad.

Años habían pasado desde que comenzaron a vivir en ese "hogar", porque en eso se había convertido esa envejecida, pero siempre hermosa casa: en un verdadero "hogar". O, al menos, así lo entendieron desde el momento mismo en que se mudaron allí, en que comenzaron a darle forma a sus anhelos de felicidad. Al principio les fue difícil, como a todo matrimonio joven; pero no tanto, pues nunca estuvieron solos en esta aventura: siempre se tuvieron uno al otro. Ciertamente, fue tan poderosa esa unión durante el *tiempo* que duró, que en esa enorme casa habitada ahora por un ancianito con olor a tabaco, nunca se alcanzó a sentir la *soledad*. Esto, aun cuando, el mundo alrededor había cambiado progresivamente.

Ahora edificios impensables en su juventud se elevaban dentro de un barrio en el que muy pocos de sus primeros vecinos aún vivían, pero en el que ya varios habían sido velados. El almacén de la esquina, ese almacén de toda la vida, ya no existía más, puesto que hace poco habían abierto un enorme supermercado. ¿Cómo competir contra esos monstruos del capital? Ya poca gente lo saludaba en la calle, como si los buenos modales se hubieran vuelto obsoletos y el desear un "buen día", una cosa extraña, fuera de estación, incluso sospechosa. A

veces, a la vuelta de la esquina se encontraba con la señora Inés, vestigio de otro tiempo, con quien, por cierto, conversaba como solía hacerlo en su juventud. Por ello, su sorpresiva muerte fue una muy mala noticia. Al final, su casa, su hogar, se convertía en ese espacio maravilloso donde aún podía ser él, libre y soberanamente. Y esa silla, frente a la joven y coqueta dama de la fotografía, su lugar idóneo, místico, donde cada tarde abría una botella de vino y conversaba con el pasado; siempre, mientras buscaba los enormes y dulces ojos que le coqueteaban descaradamente.

Ese era sin duda su retrato preferido, la foto que más adoraba de ella, el sueño predilecto y único de su contemplación cuando se trataba de beber un buen *cabernet*, afirmaba. No obstante, las paredes de su casa estaban llenas de imágenes de un pasado feliz, que en su mente parecían una *constante* fuera del *tiempo*. En el living, en el comedor, en el dormitorio, junto a la escalera, se observaban varios y antiguos cuadros de distintos tamaños, de diferentes momentos, de diversos instantes de su vida, como si su cámara nunca hubiera dejado de funcionar. Desde hace años, el ancianito solía dirigir sus miradas hacia esos lugares de los *recuerdos permanentes* como si al hacerlo, todas las

historias, anécdotas, risas, llantos, alegrías, tristezas hubieran sido *ayer*; y volvieran a ser *mañana*.

El día martes, por ejemplo, junto a la delgada joven de ojos enormes, el viejito redescubrió a una esbelta dama vestida a la usanza de una bella princesa de fábula recorriendo las escaleras: "Blanca y radiante", recordó. Luego se sonrojó como si acabara de "pedir su mano". Un día miércoles, sobre la mesita coja de su dormitorio, su vista lo obligó a enamorarse otra vez, puesto que su mirada coincidió con la de una hermosísima mujer, quien le sonreía lúdica con un bebé en sus brazos; bebé que casi simultáneamente comenzaría a llorar. O esa es la historia que alguna vez me contó. Jueves, viernes, sábado, domingo: la vida parecía renacer en su hogar, sin detenciones, tras cada vistazo, como si realmente fuera *inmortal* dentro de ese torbellino de imágenes llenas de magia e historia.

Hoy se detenía en esa foto, mañana sería otra. Ayer contemplaba a un joven, muy parecido a él, vestido de traje, que sonreía junto a la dama del cuadrito sobre el viejo mueble. La historia tras la imagen era sencilla: ese día, se habían juntado después del trabajo. La ciudad, en ese entonces, no era un

bloque de cemento, por lo que no era tan difícil llegar al campo o, simplemente, encontrar un árbol. Hacia allá fueron. Buscaron un lugar tranquilo. Se recostaron sobre el pasto. Un árbol les dio sombra. Hablaron de todo y de nada. Proyectaron el futuro. Se dijeron cuánto se amaban. Se besaron. Casi sentía el calor y la textura de esos labios cuando recordaba. Una lágrima acompañada de una sonrisa: "Estoy embarazada". Ahora él lloraba de felicidad. Luego, la tarde se transformó en una búsqueda incesante de nombres. Su primer hijo. Ella aprovechó la oportunidad. Le sacó la cámara de su maletín: una foto que después colgarían en el pasillo de su casa. Recuerdos, memorias, pensamientos, en cada mirada que daba desde esa silla, desde ese espacio personal.

Así estaba, como cualquier otro día de esas infinitas semanas, cuando de súbito un niño corrió frente a él: buscaba una pelota. Él se levanta un momento de su querida silla. Necesita comprobarlo. ¿Realmente lo vio pasar? Observa. La puerta está abierta al final del pasillo. Un sentimiento juvenil y alegre lo atrapa. Se dirige al jardín. Se asoma y ahí está. Tiene cinco años. Está usando la ropa que le compraron hace unos días. Está todo sucio. Quizás dónde estuvo jugando. Sin embargo, no lo

amonestará. Le gusta verlo ahí, lleno de vida; saltando de un lado a otro; jugando. Con entusiasmo le pregunta desde la puerta si puede jugar con él. El pequeño antes de responder cualquier cosa le lanza la pelota. Él la recibe, la mira, sorprendido de lo real que es. El niño se la pide, él se la devuelve. Parece algo simple e insignificante, pero no. Posiblemente sea el juego más importante de su vida. En eso están, cuando el portón se abre de lado a lado. Aparece ella, radiante y con una frescura primaveral. Trae de la mano a una niñita, un poco menor que el pequeño Cristóbal. Tiene trenzas y un vestido muy bonito. Rápidamente se suelta y se dirige hacia donde está su hermano. Le quita la pelota al pequeño. Llantos: se la devuelve. El ancianito permanece absorto, invadido por cierta tranquilidad que lo conmueve. La niñita se acerca a darle un beso.

Sonríe, alguien lo llama desde el interior de la casa. "Amor", escucha. Sin pensarlo, camina hacia siguiendo esa dulce voz. Se mueve lento, cansado, pero feliz y decidido a responder al llamado. "Amor", vuelve a escuchar. Concluye que las palabras vienen desde el dormitorio, desde el segundo piso. Con mucho esfuerzo sube las escaleras: lo vale, una última aventura digna de ser vivida. Debe llegar hasta su

cama: su alma dice que debe hacerlo, o eso cree escuchar. Al fin. Una mujer desnuda, la madre de sus hijos, lo invita a la cama. Ni siquiera se cuestiona qué está sucediendo. Solo sabe que frente a él está el cuerpo más hermoso que haya visto en su vida; imperfecto y perfecto a la vez. Él la observa desde el umbral de la puerta y queda prendado de los enormes ojos que lo invitan a recostarse con ella. No se mueve, pero de algún modo, se mete en la cama. Ríen, se confunden entre las sábanas, hacen el amor, una y otra vez. Realmente hacen el amor, como dos cómplices de toda la vida.

Casi de inmediato, una melodía de tango lo sorprende desprevenido: el cuarto se llena de Gardel. En el pasillo, más imágenes *sin tiempo* aparecen una tras otra. Su hija, su hijo, su amor lo miran y él los ve, de distintas edades, en distintos momentos. Lo saludan, se despiden. Lo besan, se enojan, se alegran con él. Lunes, martes, miércoles, los recuerdos no se detienen: es una vorágine fantasmal. En su dormitorio, una joven sensualmente vestida lo espera, nuevamente, para dormir, para hacer el amor.

Hace el amor. Celebra su cumpleaños. Presencia el matrimonio de su hijo. Acepta el

noviazgo de su hija. Apoya a su hijo cuando su relación se acaba. Se viste para la titulación de ella. Los días en ese *momento* parecen no importar más. Hasta que, finalmente, un vaho de tranquilidad.

La casa vuelve a estar en silencio por un momento. Él observa a una hermosa mujer, de rasgos maduros y tiernos persiguiendo a un pequeño niño frente a él; luego siente un beso sobre su frente. De súbito, el pequeño crece, como en un cuento breve. Ella lo abraza y permanece así junto a él. ¿Acaso percibe su leve aroma a cerezas por algún acto de magia inexplicable? No lo sabe, pero desde su asiento, en esa enorme y vacía casa, su pecho se acelera, junto a una mujer de pelo cano, de arrugas prolongadas y de sonrisa de rubí de pie junto a él, quien lo invita a ponerse de pie. ¿No lo había hecho acaso? Sonríe, se enamora. Desde su ventana, sin embargo, quien tuviera curiosidad por ver qué sucedía dentro de la antigua casa, solo descubriría a un anciano inclinado sobre su silla, inmóvil, con dos copas frente a él, como si hiciera un brindis en el silencio.

Un hijo de perra

UN HIJO DE PERRA

Para mi cachorro

Te ladraré una brevísima historia. Sí, lo haré con gusto. Solo para que no digas que no te quiero tanto como tú me quisiste a mí. En verdad, espero que sepas escuchar cada ladrido con suma atención, aunque sea un poquito; después de todo, yo siempre te escuché o intenté hacerlo, pese a tu extraño hablar. Sí, lo hice. De hecho, aún recuerdo, los secretos que me narrabas ahí, junto a la cama donde ahora estás; todavía me acuerdo, claramente, del cómo me hablabas de todos tus problemas, pero también de tus triunfos, allí, donde ahora estás llorando. Por ello, yo asumiré que tú también me escuchas, que tú me entiendes, que me sospechas acá arriba, aunque no me veas; y que, por tanto, todavía me quieres. ¿O no son por eso tus lágrimas? ¡Tantas horas llorando! Y te entiendo; no sabes cómo.

Lo cierto es que yo también quisiera aullar fuerte por ti; aun cuando hace mucho que no lo hago. Solía hacerlo; pero cuando comprendí que si no naciste en *cuna de oro*, que si no has tenido fortuna o que si no has sido humano, la vida será naturalmente difícil, dejé de hacerlo. Muchos años ya desde que caminaba cabizbajo, con frío, comiendo sobras que caían, accidentalmente, de una mesa en el casino de la universidad o que algún alma, de esas que aún existen con algo de bondad, incluso hoy, me acercaba al hocico. Eso debía ser algo bueno, pensaba: ¡Estudiar en la universidad! Comparten con otros, conversan, ríen, tienen tiempo libre, les dan comida… comida. ¡Si tan solo existieran universidades para mí! Al menos, puedo decir que allí te conocí; que allí dejé de aullar. Y esa es la parte linda de la historia: la que juntos construimos. ¿Pero antes de eso?

Yo nací junto a un río. Por si no lo sabías, nací bajo un puente llamado Arzobispo, ubicado en la comuna de Providencia. Si uno lo piensa un poco, todo suena irónicamente religioso; irónico, pues mi nacimiento no tuvo nada de especial. Después de todo, fui el menor de ocho hermanos, nacidos de una sola vez, lo que hizo las cosas difíciles desde mi primer contacto con este mundo y poco amigables

con cualquier fe. Es más, apenas abrí los ojos, apenas comencé a hacerlo, debí asimilar, obligatoriamente, qué es sobrevivir, qué es luchar por la supervivencia, aceptando de inmediato "agachar el moño", aceptar el "abuso" y "mirar hacia otro lado". El menor de la camada, ese era yo.

Mi madre fue una verdadera perra. ¿Su pasado? No tengo la menor idea; aunque, al parecer, mi abuela provenía de una familia más pudiente. Inclusive escuché que mi madre tenía ciertos rasgos de *pedigrí* hasta el punto de que muchos se preguntaban cómo había llegado a esa situación. ¿Sobre mi padre? La verdad es que no tengo mucho que decir, pues, desde que vine a este sucio mundo santiaguino, nunca lo conocí. Probablemente, era de esos *machos alfa* que abundan en el país; de esos que tienen una filosofía muy clara sobre la paternidad: preñar y desaparecer. A él le debo una horrorosa mancha de nacimiento sobre mi muslo; horrible, pues todo el mundo me decía "feo" al solo verla. Esa es su herencia.

Ciertamente, mi vida, desde un principio, no auguró el acceso a los mayores manjares de esta ciudad. Por el contrario, desde muy cachorro debí

arreglármelas solo si es que quería comer y sobrevivir o, simplemente, no morir en una esquina de la capital. ¿Por qué ese afán mío de seguir viviendo? Una pregunta que insistía en hacerme durante mis recorridos por Avenida la Paz, por Estación Mapocho, por el Puente Cal y Canto. Lugares graciosos, tanto como mi querida Providencia. Graciosos, porque allí uno descubre lo raro que son ustedes: Avenida la Paz, nada tranquila; la Estación Mapocho, no era una estación; el Puente Cal y Canto, no era un puente. Y luego nos dicen a nosotros irracionales.

En fin, te ladraba acerca de cómo debí arreglármelas desde muy pequeño. Recuerdo vívidamente cómo durante un tiempo mi único consuelo fue saber que no era el único en tamaña empresa, pues mis hermanos también debieron solucionar ese dilema que nadie que respire, camine o folle puede omitir: el comer. Sinceramente, no éramos para nada apegados. ¿Cómo serlo? Si el beber juntos la leche de mamá ya era una muestra de lo que el futuro nos deparaba: lejanía y ausencia; y mucha pelea. En efecto, al poco tiempo nos distanciamos hasta el punto de que solo esporádicamente sabíamos algo de cada uno.

¿Por qué el Creador nos puso aquí? ¿Existe tal Creador? Filosofaba, me interrogaba a veces a las afueras de la Catedral Metropolitana, durante uno de mis habituales y solitarios recorridos de "callejero" por la Plaza de Armas; ello, mientras veía a mucha gente entrar y salir, pegarse en el pecho y llorar, sacar fotos y reír, siempre haciendo caso omiso de mi presencia, por más sediento que estuviera. Sin embargo, pese al que le pese, viví. Lo que ya es mucho decir, ya que meses más tarde un perro viejo me gruñiría acerca de tres perritos que habían muerto cerca del metro: a uno lo envenenaron; al otro, lo atropellaron; al tercero, y por este sentí a un más dolor, lo apalearon por ser atrapado *in fraganti* con una hogaza de pan. Antes de eso, yo pensaba que ustedes juzgaban a sus ladrones; lo que no sabía era que robar comida implicaba "muerte". Gruñí, pero decidí no quejarme, pues, según un desaliñado predicador, Dios les había dado la potestad sobre nosotros: "Llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra". Nada que hacer. Eso explicaba todo. ¡Ese Dios se equivoca!

Pese a todo, he de decir que el deambular solo tuvo sus ventajas. Por lo menos, después de muchos

meses y de mucha experiencia ganada a costa de patadas y insultos, me fue más fácil conseguir alimento; no como cuando éramos seis corriendo de aquí a allá. Con los años, también me alejé de mi madre. No porque quisiera, sino porque era la única forma de conseguir algo más que llevar al hocico. Lo confieso: la verdad es que me perdí. No supe cómo volver a ella, y por más que le ladraba a la gente, nadie me ponía atención. Solo unos niños trataron de ayudarme, pero sus poco considerados padres los apartaban de mí, aludiendo no sé que qué enfermedad podría tener… ¡Cómo si yo fuera una paloma!

Siempre he creído que los niños debieran gobernar esta ciudad. Al menos, nosotros no sufriríamos tanta pellejería por culpa de esos seres en los que se transforman. Los niños entienden nuestros ladridos y nuestras miradas; también nuestros corazones. Los adultos solo entienden esos aparatos rectangulares que llevan conectados a la cabeza: más de alguna vez chocaron conmigo por no ir mirando por dónde iban. Aunque eso era mejor a ser ignorado; lo era; aunque después me echaran la culpa.

¡Uf!, humanos. Dos amos tuve antes de ti: humanos también. Dos seres que acepté por

necesidad, pues me vi tan cómodo y alimentado durante meses, que dejé de ladrar por mis deseos, de gruñir mis peticiones, todo con tal de hacer el menor esfuerzo mientras estuve con ellos; para no molestarlos. Lo irónico es que esos dos "amos" eran muy parecidos a nosotros. Hombres y mujeres elegantes, limpios y sin gestos los despreciaban e ignoraban como si fueran una lacra, unos simples "perros de la calle" que merecían su situación. Tal vez por eso admití sumiso acompañarlos en su día a día. Eran más pobres que yo, más sufridos que yo, mas muchas veces dejaban de comer para alimentarme.

El primero fue uno de esos que llaman "mendigo". Como si la ironía fuera ley de la vida, pasaba casi todo el día fuera de una iglesia que está en la calle Estado. Mi amo no era para nada un santo, pero entiendo su actitud, ya que la gente después de rezar y llorar y cantarle a un par de figuras, lo ignoraba al salir del edificio, e incluso lo mandaban a trabajar, como si él nunca lo hubiera intentado. "Dios proveerá", él decía. Luego descubrí cómo aprovechaba cualquier descuido y ¡zas! una billetera de cuero para agradecer al Cielo la oportunidad. En algunas ocasiones, el efectivo bastaba para que nos diéramos un festín: ¡Gloriosa justicia! Sin embargo,

ningún trabajo es para siempre y un día lo pillaron. Se lo llevaron entre cuatro seres de boina; hermanos supuse. No lo volví a ver.

El segundo "amo" fue una mujer, según entiendo. A ella la veía solo de noche en la calle San Antonio. Siempre tenía una palabra linda para mí; lo que me sorprende, pues no era muy lindo lo que a ella le decían. Nunca entendí el porqué usaba ropa, si vestía casi como que no la usara. Y tampoco me parecía muy lógico que, de veces, unos sujetos pagaran para llevársela a un auto o a un rincón y hacer eso que yo hacía sin tanta ceremonia cuando me daba la gana. No obstante, más allá de su extraña actividad, agua y comida no me faltaron en esa esquina. En esos momentos, creía a sentir a Dios.

Ella era muy linda, más allá de sus ojos tristes y su gastado cuerpo. Y a mí me trataba como al perro más fino de la ciudad. Yo solo atinaba a mover la cola, pues hace tiempo que había olvidado cómo ladrar. Según entendí: ella tenía precios para todo. Nunca comprendí mucho la situación. Hasta que mi estadía se vio abruptamente interrumpida… Sí, otra vez por culpa de esos violentos seres vestidos de verde. Me parece que ellos se dedicaban a eso, aunque

nunca vi que se llevaran a los tipos de corbata, de falda o de traje.

Así fue como, repentinamente, me vi solo en este Mundo. Una vez más. Hasta que te conocí en la universidad. Y aun cuando yo estaba tiritando de frío, con mucha hambre, y lleno de pulgas, me recogiste, me cuidaste, me pusiste un nombre, un lindo nombre, y me tuviste a tu lado hasta el último día. Entonces supe que no había nacido solo para sufrir y que eso que llaman Dios, tal vez no fuera un alguien distinto a ti o, tal vez, estaba en ti, con tu mirada de niño. Entonces, fui simplemente feliz. Volví a la ladrar.

Mi cuerpo está en tu jardín, han pasado unas horas desde que me enterraste. Alguien podría pensar en tierra y cal, pero yo veo lo mucho que te preocupaste de darme un descanso digno. Hasta florcitas crecerán allí. Y mi nombre también está escrito. Yo estaré cuidándote. Moveré la cola donde sea que esté. Sé feliz, la vida al final no es tan perra y cuando lo parezca, solo escúchame ladrar. Te quiero.

Breve historia de un hombre que perdió a una mujer en el departamento 421

BREVE HISTORIA DE UN HOMBRE QUE PERDIÓ A UNA MUJER EN EL DEPARTAMENTO 421

El movimiento de dos cuerpos que se descubren como si fuera la primera vez, el ir y venir como un oleaje sobre esa cama de dos plazas, los besos tiernos mezclándose entre breves y precisas mordidas, todo lo que allí pasaba podía describirse, más o menos, como el desarrollo de un sentir, a veces, constante, agitado, violento, otras, pausado, tierno y armónico; paradójico, sí, pero envuelto con una romántica y justa intensidad. Obviamente, no se parecía a esas pelotudeces a la que cierto cantante guatemalteco llama "amor" o "romance"; no. Entre esas miradas corpóreas, en medio de esos coqueteos libidinosos y de esos impulsos salvajes, no había dudas ni versos sobrantes, ni siquiera una mala canción: ambos sabían

que, en algún momento, dentro de esa vorágine, sus bocas deberían besarse, nuevamente; que, otra vez, deberían enredarse sus lenguas, húmedas y deseosas; que no deberían temer al tacto; que perderse era una opción real. Y que, aun así, al final, todo se resumiría en una mirada tierna, profunda y sin parangón, acompañada de un inesperado y, aun así, sincero, "Te amo".

Así eran esos sublimes y locos encuentros de los fines de semana. Encuentros en que, instintivamente, se descubrirían el uno sobre el otro, sentirían sus cuerpos confusos, totalmente trémulos, atrapados entre las desordenadas sábanas, no dejando lugar para la cínica tristeza de la semana, del trabajo, del estrés, de la universidad; qué sé yo. Muy probablemente, los vecinos no se quejaban en la portería del edificio solo por la vergüenza de tener que explicar a otro ser humano el porqué les molestaba tanto que en el departamento 421 se escucharan gemidos, gritos de placer e insistentes y fieros golpes que, de seguro, no eran más que el respaldo de la cama clavándose, desconsideradamente, contra una pared que no estaba preparada para los intensos movimientos. Ciertamente, debía complicarles sobremanera explicar

cuánto odiaban que en el departamento 421, hicieran el amor hasta quedar extenuados, hasta que el jurarse la *eternidad* fuera una consecuencia de ese último suspiro llamado *orgasmo*. Momento preciso en que los dos amantes se prometían al oído, allí desnudos, con inusitada delicadeza un "siempre".

¿Cuestión de tiempo? Es cierto que ya llevaban un par de años juntos, sin embargo, dudo que esa fuera la razón para tal intensidad, puesto que desde el primer momento se había revelado como una relación apasionada, algo loca para el común de los mortales. Más de algún familiar los había visto en alguna parada de la locomoción colectiva besándose, rozándose, casi devorando al otro, como si no existiera nadie más en el Mundo, como si el pudor cristiano fuera solo un mal chiste de épocas pasadas. Evidentemente, con los meses se habían vuelto más recatados, más cuidadosos —no podemos negarlo—, pero no tanto como para obviar el imponderable deseo que sentían por poseerse cada vez que conseguían un poco de privacidad, cada vez que se sentían cerca. Y como era de esperarse, pronto comenzaron a repetir, una y otra vez, "te amo".

"Te amo", "te amo", "te amo", lo decían por cada instante en que se juraban la *eternidad* y algo más, hasta el punto que resultaba molesto para quienes estuviéramos cerca, pues, en realidad, quién se ama tanto hoy en día. De todas formas, a ellos no les importaba, pues parecía que no perdían oportunidad para regalarse mutuamente, en alma y cuerpo, si es que lo primero existe. Y todo, pese a la diferencia de edad, pese a que las cosas no fueran tan fáciles en el diario vivir, por distancia, por prejuicios ajenos, por horarios. ¿Pero qué lo es hoy? Simplemente, creían tener algo especial y, por ello, la cama, esa cama de dos plazas comprada exclusivamente para estar juntos, era el lugar de encuentro preferido. Allí es donde desnudos, podían dejarse llevar en una comunicación que no requería palabras, solo entrega, solo honestidad. Era como si en medio de esos torbellinos de sexo, todo fuera más sencillo.

Ese departamento era todo lo que necesitaban esos dos amantes, encerrados por propia voluntad en un espacio y tiempo, paradójicamente, de absoluta libertad. Sin embargo, en todos esos meses escritos entre sábanas, entre paseos, entre sonrisas, entre promesas, fueron descuidados, al nunca notar que eran observados, sigilosamente; literariamente. En

efecto, nunca se percataron de la mano narradora, firme y distante que esbozaba en pocas líneas su relación. Nunca notaron a aquel que, silenciosamente, sostenía este relato, elegía el devenir, marcaba las pautas de sus recuerdos y deseos. Mucho menos descubrieron al lector —a ti—, que como un voyerista avezado, leía cada palabra, imaginaba cada movimiento, gracias a un texto que comenzaba contando acerca de esos "dos cuerpos en movimiento". No, nunca esperaron ni presintieron los deseos de ese narrador omnisciente que, a ratos, se preguntaba, acompañado de una copa de *cabernet*, acerca del cómo debía construirse su relato, de cómo debía desarrollarse esta historia. Indudablemente, tampoco supieron qué tramaba en contra de ellos o que ya había decidido que no todo puede ser *felicidad*. Es así como, sin consentimiento de los dos amantes, de sus dos personajes principales, de los únicos que valían originalmente algo en este breve cuento, el narrador decidió incorporar en la trama dos palabras más: "duda" e "incertidumbre". Entonces, el relato sufrió un cambio: la vida de ellos sufrió un cambio.

Los meses pasaron. Ella seguía diciendo "te amo", cada vez que acababan, cada vez que él se extraviaba dentro de ella, cada vez que alcanzaban ese

éxtasis asombroso de dos cuerpos que ya se conocen; pero, en el fondo, ella, poco a poco, había comenzado a dudar de ese "amor eterno", de ese verbo tan fácil de conjugar. Poco a poco, la desnudez de ambos ya no era tal. Es verdad que las ropas permanecían lejos, en el suelo, mas ambos sabían que los secretos comenzaban a aparecer, que algo los perturbaba muy dentro de ellos hasta manifestarse dentro de un dormitorio que comenzaba a esbozar sus primeros muros. Ahora, más allá del sexo, ella dudaba constantemente si eso era "amor". Para el lector, tal vez, esta situación resultará tristemente familiar: el presenciar, el descubrir en estas líneas, cómo en cuestión de años, lo que fuera un juramento eterno, había pasado a convertirse en algo tan frágil, tan desechable, tan insignificante. No obstante: lo literario se alimenta de esa fragilidad de la vida. En fin, ella visitaba con frecuencia a sus amigos, escuchaba sus consejos, antes favorables a la relación, ahora dirigidos a instalar una disconformidad difícil de evitar, obra de nuestro despiadado narrador. Después de amar su vida con él, ahora ella quería vivir una que no estaba viviendo, que socialmente le fuera más apropiada para su edad, según ahora comprendía. Sin embargo, insistía en repetir "te amo", mientras él lo creía.

En ese momento, el escritor tiene claro lo que debe hacer para cerrar este cuento. Por ello, en un acto de maldad suprema, decide borrarla cuando él aún duerme. Primero, lo representa agotado, durmiendo sobre su cama; es más, le agrega una sonrisa de tranquilidad, de modo que no tenga oportunidad de reaccionar contra su Creador. Su personaje tiene la certeza de que es feliz. De hecho, él sueña con ella, sueña con esa familia de la que han hablado, con ese deseo por tener hijos, cuestión que antes de conocerla le era totalmente ajena. Asume que no ha sido fácil estar juntos, pero también sabe que la consciencia de esto es mutua. Está calmado, pues su amada valora cada día que trabaja para ambos. Penosamente, al narrador no le interesa: sabe que el lector espera impaciente la conclusión de este ejercicio literario.

Súbitamente él despierta. Ella no está. No la encuentra: esperaba mirarla a los ojos una vez más, decirle esas dos palabras. Hay un vacío en la cama, un silencio en todo el departamento comenzando por ese sitio de dos plazas que compró solo para estar con ella. No hay nadie. Su ropa ya no está en el suelo; solo se observa una corbata y unos zapatos desgastados. El protagonista se desespera. ¿Ha enloquecido? Se

levanta desnudo. La busca, mas en ese pequeño lugar que arrendó solo para sus encuentros, no tiene demasiadas opciones para buscar. Nada. No hay nadie. Se ha ido. Busca el teléfono. Su número ya no existe. Se conecta al computador: en las redes sociales tampoco está. Descorazonadamente intenta saber qué ha pasado. No sabe que el narrador la ha eliminado, como si ella jamás hubiera existido; no sabe que tú ahora cuestionas si esto no tendrá que ver con la vida del autor de este cuento. Empero, él sufre.

El narrador, ese "pequeño dios", no tiene piedad alguna con él. Inmediatamente, opta por describirlo derrumbándose sobre la cama de dos plazas. Luego escribe: "Llora como si su vida se fuera en ello". Sabe que llorará o que debe hacerlo. Sabe que para su personaje ya nada tendrá sentido o que eso es lo que corresponde en su cuento: un final trágico. Rápidamente, anota sobre el papel la posibilidad más cierta que se le ocurre para terminar el relato. Lo ha pensado, el último párrafo le ha dado la oportunidad para hacerlo: "Tras horas de llanto. Abre las ventanas de su cuarto piso. Mira hacia el horizonte. Está a punto de llover. No hay nada más que decir. Ni siquiera adiós. Silencio". El narrador llora sobre estas hojas; yo también lo hago.

ÍNDICE

Presentación……5

El hombre del terrón de azúcar…….....7

A la vuelta de la esquina……..17

A las tres de la mañana……....27

Historia de un hombre que amó……..37

Un hijo de perra…….….47

Breve historia de un hombre que perdió a una mujer en el departamento 421 …….....57

XIII CONCURSO LITERARIO
GONZALO ROJAS PIZARRO

CLUB DE AMIGOS
BIBLIOTECA MUNICIPAL DE LEBU N°266
SAMUEL LILLO FIGUEROA

Pérez N°547, Lebu
Provincia de Arauco- Región del Bío Bío
CHILE

José Baroja (Seudónimo de Ramón Mauricio González Gutiérrez), nació en Valdivia en 1983. Actualmente vive en Talca, mientras se desempeña como docente de literatura española y literatura universal en la Universidad Católica del Maule. Ha realizado talleres del área en colegios, institutos y universidades, así como ejercido responsabilidades pedagógicas en séptimo y octavo básico. También ha publicado artículos afines a su labor académica y participado en seminarios, investigaciones y charlas de su especialidad.

Su participación en el ámbito de la creación literaria es muy reciente siendo el **XIII CONCURSO LITERARIO GONZALO ROJAS PIZARRO** el segundo evento en el que participa. Previamente, obtuvo una mención honrosa por el poema "Infancia" en el Certamen Internacional Nuevas Voces para la Paz 2014.

Impresos LEBU